

# ¿Cómo hay que entender una palabra como 'malvado'?

## Carlos Bonacasa

Represaliado primero por el franquismo y luego por sus pretendidos adversarios.

### El mal

Como dice A. Solthenitsyn, «desde tiempos remotos, los hombres conciben la justicia como una dicotomía: la verdad triunfa y el vicio se castiga.

Tenemos la dicha de haber llegado a una época en que la virtud, aunque no triunfe, tampoco se ve continuamente acosada por los sabuesos. A la virtud, apaleada y escualida, se le permite ahora sentarse con sus harapos en un rincón con tal de que no abra la boca.

En cambio, nadie se atreve a mentar el vicio. Sí, se burlaban de la virtud, pero no había vicio en ello. Sí, unos cuantos millones de personas rodaron por el despeñadero, pero no hay culpables. Y si alguien se atreve sólo a insinuar: 'Entonces qué pasa con *los que...*', por todas partes le dicen con reproche, al principio de modo cordial: '¡Pero hombre, camarada! ¿Para qué abrir viejas heridas?'...

En los procesos judiciales alemanes aparece, ora aquí, ora allí, un fenómeno asombroso: el acusado se lleva las manos a la cabeza, renuncia a la defensa y no pide nada más al tribunal. El encausado dice que la lista de sus crímenes, revivida y proyectada de nuevo ante él, le llena de repugnancia. Ya no quiere seguir viviendo.

Es la más alta conquista que pueda alcanzar un tribunal: condenar el vicio hasta tal punto que sea el propio criminal quien se aparte repugnado de él.

Un país que ha condenado ochenta y seis mil veces en los tribunales (y que lo sigue condenando irrevocablemente en la literatura y entre la juventud), año tras año, peldaño tras peldaño, va purificándose de él.

¿Qué hemos de hacer nosotros? Algún día nuestros descendientes verán en varias de nuestras generaciones una estirpe de blandengues: primero permitimos sumisamente que nos mataran a millones, luego mimamos solícitamente a los asesinos en su próxima vejez». (*Archipiélago Gulag*. I. Ed. Tusquets, Barcelona, 2002, pp. 212-213).

Es terrible, o puede llegar a ser terrible la humanidad. «Por más insensibles que fueran los vigilantes de la Casa Grande, ¿es posible que en su interior no hubiera quedado un trocito de alma, como un piñón en su cáscara? Cuenta N. P-va que en cierta ocasión la conducía a interrogatorio una celadora impasible, muda, de ojos impenetrables. De pronto, las bombas empezaron a estallar al lado mismo de la Casa Grande y parecía que acto seguido iban a caer sobre ella. La vigilante se precipitó sobre ella y la abrazó presa del pánico, ansiando calor y respaldo humanos. Pero cesó el bombardeo. Y otra vez la misma mirada ausente: '¡Las manos atrás. Camine!'»

Por supuesto, poco mérito hay en volverse humano a causa del horror que precede a la muerte. Como tampoco es prueba de bondad el amor de los padres por sus hijos ('es un buen padre de familia', dicen a menudo en defensa de un canalla).

¿Cómo hay que entender una palabra como *malvado*? ¿Qué queremos decir exactamente con ella? ¿Existe semejante cosa en el mundo?

Nuestra primera reacción sería responder que no puede haber malvados, que no los hay. Pero cuando la gran literatura mundial de los siglos pasados —Shakespeare, Schiller o Dickens— nos presenta una tras otra semblanzas de malvados, de un negro espeso, los malvados nos parecen casi de guiñol, poco acordes con la sensibilidad moderna. Debemos fijarnos sobre todo en cómo están caracterizados: tienen perfecta conciencia de su

maldad y de su alma tiznada. Razonan así: no puedo vivir sin hacer el mal. ¡A ver si enfrente al padre contra el hermano! ¡Qué deleite, ver padecer a mis víctimas! Yago dice sin tapujos que sus objetivos e impulsos son negros, nacidos del odio.

¡No, no suele ser así! Para hacer el mal, antes el hombre debe concebirlo como un bien o como un acto meditado y legítimo. Afortunadamente, el hombre está obligado, por naturaleza, a encontrar *justificación* a sus actos.

Las justificaciones de Macbeth eran muy endebles y por eso su conciencia acabó con él. Yago era otro corderito. Con los malvados shakespearianos bastaba una decena de cadáveres para agotar la imaginación y la fuerza de espíritu. Eso les pasaba por carecer de *ideología*.

¡La ideología! He aquí lo que proporciona al malvado la justificación anhelada y la firmeza prolongada que necesita. La ideología es una teoría social que le permite blanquear sus actos ante sí mismos y ante los demás y oír, en lugar de reproches y maldiciones, loas y honores. Así, los inquisidores se apoyaron en el cristianismo; los conquistadores, en la mayor gloria de la patria; los colonizadores, en la civilización; los nazis, en la raza; los jacobinos y los bolcheviques en la igualdad, la fraternidad y la felicidad de las generaciones futuras...

Por lo visto, la maldad también es una magnitud de umbral. Sí, el hombre vacila y se debate toda la vida entre el bien y el mal, resbala, cae, trepa, se arrepiente, se ciega de nuevo, pero mientras no haya cruzado el umbral de la maldad tiene la posibilidad de echarse atrás, se encuentra aún en el campo de nuestra esperanza. Pero cuando la densidad o el grado de sus malas acciones, o el carácter absoluto de su poder le hacen saltar más allá del umbral, abandona la especie humana. Y tal vez para siempre» (Solthenitsyn, A: *Archipiélago Gulag*. I. Ed.

---

El terror rojo: «No estamos en guerra con individuos aislados. Exterminamos a la burguesía como clase. No busquéis durante la instrucción judicial ni materiales ni pruebas de que el acusado haya actuado de obra o de palabra contra los soviets. La primera pregunta que debéis formularle es a qué clase pertenece, cuál es su origen, su educación, sus estudios o su profesión. Estas preguntas deberán determinar la suerte del acusado».

---

Tusquets, Barcelona, 2002, pp. 208-210).

«Desgraciados vosotros, que llamáis al mal bien y al bien mal», clama el profeta Isaías contra los malvados. «La verdad es que no soportaba en absoluto que un hombre fuese llamado malvado. ‘Un hombre’, decía, ‘hace el mal cuando el espíritu malvado lo toma en su poder, pero no por eso se vuelve malvado; ningún hombre quiere el mal: o cae en el mal sin saber cómo, o confunde el mal con el bien. Al hombre que obra el mal hay que amarlo y, amándolo, hay que ayudarlo a escapar de la vorágine donde le está llevando el mal impulso, amándolo hay que ayudarlo a reconocer lo que hay arriba y lo que hay abajo. Con otros medios no se consigue nada, es más, lo único que provocarás es que te eche del umbral de su casa ¡y con razón! Si luego le llamas malvado, y si por ello le guardas odio y desprecio, entonces sí le harás malo; y aunque después le quieras ayudar, peor aún, precisamente queriendo entonces ayudarlo, lo harás malo porque harás que él se encierre en sí mismo. Y, cuando el hombre que obra mal se encierra en el mundo de sus acciones —y sólo cuando se deja encerrar en él—, se hace malo» (p. 75).

#### El anti-mal

«‘Pero tú, Jacob Jizchag’, dijo el rabí, ‘¿no ves que Dios se sirve del mal?’

‘Dios sí, rabí, Dios puede servirse de todas las cosas, porque ninguna puede hacerle mal. Pero el bien, no me refiero a aquel bien que procede de Dios, sino al bien de la Tierra, el bien mortal, cuando intenta servirse del mal sucumbe a él; de un modo imperceptible, sin darse cuenta, se disuelve en el mal y desaparece’.

‘¿Pero es que no está todo en las manos de Dios?’

Cierto que todo está en las manos de Dios, y escucho además que Él dice: ‘Mis pensamientos no son vuestros pensamientos’, pero escucho también que él exige algo de nosotros, algo que Él desea que salga de nosotros. Y cuando no puedo soportar el mal que Él soporta, entonces me doy cuenta de que, en aquel punto, en mi impaciencia, está el signo de lo que Él exige de mí» (Buber, M: *Gog y Magog*. Ed. Ega, Bilbao, 1993, p. 77).

«‘Los tiempos de las grandes pruebas’, añadió el Hebreo, ‘son los del ocultamiento de Dios. Lo mismo que cuando se eclipsa el sol, si no se conociera su existencia, se pensaría que ya no existe, así sucede con Dios en tales tiempos. La faz de Dios está entonces fuera de nuestra vista y es como si la Tierra, para la que Él no brilla, se fuera a enfriar. Pero la verdad es que entonces, y sólo entonces, se hace posible la gran Vuelta, la gran Conversión que Dios espera de nosotros, para que la Redención, que Él nos reserva, pueda llegar a ser nuestra Redención. Nosotros no percibimos nada, todo es oscuridad, todo frío, como si Él no existiese, hasta parecer absurdo volvernos a Él, pues, de todos modos, aunque exista, no se ocupará de nosotros; el intento de llegar a Él aparece desesperado, pues, en el caso de que exista, será quizás el alma de toda la creación, pero no nuestro padre. Es preciso que algo portentoso nos acontezca para inducirnos a realizar este movimiento. Pero cuando este algo portentoso acontece, se trata de la gran Vuelta que Dios espera de nosotros. La desesperación hace explotar la cárcel de las fuerzas secretas. Se abren las fuentes de las profundidades originarias» (Buber, M: *Gog y Magog*. Ed. Ega, Bilbao, 1993, p. 154).